

Desmenuzando unos textos empapados de vida

La fiesta de la Presentación del Señor, que celebramos este domingo cuarto del tiempo “**per annum**”, quiere introducirnos en el misterio de la Encarnación como acontecimiento del encuentro entre Dios y los hombres.

Toda esta fiesta está impregnada de la “**teología del encuentro**” o “**visita**” de Dios. No tiene nada de formal: todo sucede en la sencillez de un diálogo, de un intercambio de miradas, de una sonrisa, de un gesto respetuoso en el que Dios y el hombre se acercan, se familiarizan, valga la expresión, y se comprometen mutuamente.

Acontece cuarenta días después del nacimiento de Jesús (el tiempo de las cosas de Dios). José y María llegan al Templo de Jerusalén para seguir lo que manda la ley de Moisés: “*Todo primogénito varón será consagrado al Señor*”. Los acoge un anciano justo y piadoso. Este hombre había recibido del Espíritu Santo el anuncio de que no vería la muerte antes de haber conocido al Salvador, el Mesías enviado por Dios.

Cuando Simeón toma al Niño en sus brazos, es todo el Antiguo Testamento el que lo abraza, lo acaricia, llenándolo de la plenitud de la pascua.

Es un niño con el que se encuentra, y él es el Redentor y viene para abrir el camino que conduce, de nuevo, al paraíso de donde la humanidad había sido expulsada a causa del pecado.

Ana, la mujer que alaba a Dios.

Había también en el templo una profetisa,

Ana, hija de Fanuel que alababa a Dios y hablaba del Niño a los que esperaban la redención de Israel. La primera Alianza ha llegado al final de su recorrido y reconoce en Jesús al deseado de las naciones.



La Presentación de Jesús en el Templo es un encuentro entre los jóvenes —María y José con su recién nacido— y los ancianos —Simeón y Ana—. ¿Qué dice San Lucas de ellos? Subraya más de una vez que fueron guiados por el Espíritu Santo. El Papa Francisco precisa que “*estos dos ancianos están llenos de vida porque están animados por el Espíritu Santo, dóciles a su acción y sensibles a sus llamadas*”.

Son hombres justos. Por su venerable edad, representan tanto la sabiduría como el largo y esperanzado anhelo del Antiguo Testamento. Finalmente ven cómo llega a su cumplimiento todo lo que ha sido anunciado por los profetas al pueblo de Dios durante más de un milenio.

Es esta fiesta que celebramos, un encuentro desconcertante: el Verbo de Dios por medio del cual fueron creadas todas las cosas, vela su divinidad bajo el cendal de la humanidad que recibe de la Virgen. Se encuentra con la humanidad en un niño en brazos de su Madre, tan dependiente de ella como todos los recién nacidos. En él estamos invitados a reconocer al Hijo de Dios, que se hace Hijo del hombre para no destruirnos bajo el peso de Su gloria divina. ¿Quién podría realmente estar bajo la mirada de Dios? “*¡El hombre*

no puede verme y vivir!” (Éx 33, 20).

María y José llegan al lugar santo para cumplir un precepto de la Ley: presentar al recién nacido. Sin embargo, no son los sacerdotes responsables del culto, ni los maestros de la interpretación de la Torá, los que vienen a recibirlo, sino dos “**anawim**”; pobres personas a las que Dios ama precisamente por su humildad de corazón: Ana y Simeón.

Porque tienen un corazón puro, saneado de toda soberbia, puede “**ver a Dios**” (Mt 5,8) y reconocer la presencia del Mesías en el niño presentado ese día, en el lugar donde Yahvé manifiesta su gloria.



Los cristianos de oriente celebran esta fiesta en las llamadas “**Grandes vísperas**” con este hermoso canto:



Adorna tu cámara nupcial, Sión.

Bienvenido sea Cristo nuestro Rey;

besa a María, puerta del cielo:

Ella es el nuevo trono de los querubines;

Ella lleva al Rey de la gloria,

Ella es la Nube luminosa que envuelve en la carne

al Hijo engendrado antes de la aurora;

Simeón, recibéndolo en sus brazos,

revela a todos los pueblos que él

es el Dueño de la vida y de la muerte,

el Redentor de nuestras almas.



Un salmo para rumiar

Salmo 23, 7. 8. 9. 10

PiPortones!, alzad los dinteles,
que se alcen las antiguas compuertas:
va a entrar el Rey de la gloria.

—¿Quién es ese Rey de la gloria?

—El Señor, héroe valeroso;

el Señor, valeroso en la batalla.

iPortones!, alzad los dinteles,

que se alcen las antiguas compuertas:

va a entrar el Rey de la gloria.

—¿Quién es ese Rey de la gloria?

—El Señor, Dios del universo.

Él es el Rey de la gloria.

El Salmo 23 (24) se compone de dos partes (versículos 1 al 6 y 7 al 10). La segunda parte parece más antigua que la primera. Es la que se utiliza en la fiesta del día de hoy. Puede evocar la conquista de Sión –lugar donde se construirá el templo de Jerusalén- y la entrada solemne del arca en la ciudad santa. Se establece un diálogo entre la ciudad y la procesión que acompaña *“el arca de Dios sobre la cual fue pronunciado un nombre, el nombre del Señor Todopoderoso”* (2 Sam 6, 2,18).

La toma de Jerusalén en 587, la destrucción del Templo, el arresto de Jeremías, la captura del rey Sedecías, la deportación de la población: la letanía de las desgracias que sufrieron el reino de David componen este canto de guerreros valientes. Para conservar-

lo en el tesoro litúrgico de Israel y seguir rezándolo, necesitaba otra interpretación.

La evocación de sus victorias bélicas da paso a una mirada más pacífica hacia *“el Dios del universo”* (v. 10).



El peregrino que se presenta ante *“el monte del Señor”* (v. 3) queda desarmado. Luchó una batalla contra sí mismo; la pureza de corazón constituye el trofeo de la victoria interior. Por tanto, llega a la ciudad santa *“con manos inocentes”* (v. 4). Y es en estas manos vacías donde Dios derramará su bendición. La justicia de Dios se ejercerá a favor de aquel que se ha despojado de sí mismo. Las verdaderas victorias las logran quienes buscan a Dios: *“Este es el pueblo de los que le buscan. Aquí está Jacob, que busca tu rostro”*. (v.6)

Desde diferentes ángulos podría haber sido este salmo parte de la oración de Jesús. ¿No se siente en casa en este lugar santo donde encuentra a su Padre (cf. Lc 2,49)? Como valiente guerrero, ¿no se enfrenta a los mercaderes que profanan esta casa de oración con sus alardes mercantiles (cf. Mc 11, 15-17)? En una espectacular procesión, entra en Jerusalén entre los hosannas de la multitud jubilosa (cf. Mt 21,1-9 y paralelos). Es a las puertas de la ciudad donde finaliza su peregrinación en la cruz (cf. Mt 27, 34-41 y paralelos). Finalmente, en la Ascensión, Jesús atraviesa las puertas eternas para sentarse a la derecha del Padre (cf. Mc 16,19).

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO IV “PER ANNUM” “C”

La Presentación del Señor



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Malaquías 3, 1-4

Así dice el Señor: «Mirad, yo envío a mi mensajero, para que prepare el camino ante mí. De pronto entrará en el santuario el Señor a quien vosotros buscáis, el mensajero de la alianza que vosotros deseáis. Miradlo entrar —dice el Señor de los ejércitos—. Entonces agradará al Señor la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados, como en los años antiguos».

Lucas 2, 22-32

Cuando llegó el tiempo de la purificación...los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor...Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él... Impulsado por el Espíritu, fue al templo.

Cuando entraban con el niño Jesús sus padres... Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: —«Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel».